

arte realmente abstracto. El arte árabe, aun en su última época, en que la figuración geométrica fué llevada a un extremo refinamiento, no hizo de la geometría un uso abstracto en el sentido que se pretende dar al arte abstracto de hoy día. Nada hay de más intensamente plástico, nada de más vivo que esas formas geométricas en que la emoción personal domina el razonamiento y el cálculo y se impone. Y es esta calidad personal solamente lo que cuenta en el arte como en la vida. Un individuo o una raza que la ha perdido tiene que desaparecer.

Sin embargo es esta afirmación de su personalidad que algunos llaman con desprecio la fantasía egoísta del artista. Una pintura puramente abstracta no es sino un juego fácil que cualquiera puede lograr. Es más emocionante poner dos objetos juntos que hacer curvas y cuadrados, aun cuando las proporciones de las superficies y los valores de los tonos sean de un feliz resultado: emocionante por las dificultades, los riesgos y los peligros que implica siempre la presencia del objeto que hace en seguida resaltar los límites del artista. Pero la belleza de una obra no reside en la dificultad vencida. Es sólo la calidad de la obra lo que importa.—CHRISTIAN ZERVO S.

LA INFLUENCIA DEL MAR EN LA POESIA DE SALVADOR REYES

REALMENTE hay en nuestros poetas jóvenes una decidida pasión por la idea del mar. Esto no es nuevo, como creen algunos. Ya Pedro Prado, por ejemplo, hizo clásico hace diez años su poema en prosa *Los Pájaros del Mar*, admirable en su género. Es uno de los pocos poemas en prosa que sobreviven en nuestra literatura, gracias a su amplitud simbólica y por ser una intensa visión marina. Yo no sé a punto fijo cuántos poetas chilenos, después de Prado—que también en *Los Diez* crea bellas fantasías marinas—hallaron en el mar sugerencias e imágenes para sus versos y prosas. Sería largo y pesado verificarlo a través de tantas publicaciones, en diez años o más. Solamente, de refilón, recordemos que Víctor D. Silva—halló sus mejores entonaciones líricas en el mar para su composición *Por los Mares del Sur*, objeto de un premio en concurso. ¿Quién no recuerda aquello de

Crepúsculo. Alta mar. El viento frío
asaetea mis músculos. ¿Qué sueño
es el que viene, pájaro zahareño,
a revolver en torno del navío?...

También por aquella época Augusto Thompson escribió delicadas prosas de sus viajes transatlánticos. No es ocasión, sin embargo, de hacer aquí una larga bibliografía de nuestros escritores que se han ocupado del mar. Esa labor amedrentadora la dejamos para no muy distante ocasión. Tal vez adquiera la forma de una antología marítima, cosa que no se ha hecho nunca en nuestro país. Ya una vez, en 1927, el poeta Zoilo Escobar me expresó el deseo de reunir una biblioteca universal de poetas marinos. Pero no le fué posible ampliarla mucho por la crisis de librería que sufría el puerto y, en cuanto a nuestros poetas, porque la mayoría ha escrito y publicado sus versos marítimos aquí en Santiago, ciudad montañesa. . .

El mismo Escobar es uno de los primeros poetas chilenos que han reflejado el mar en sus versos. En *Girasoles de Papel* (1928), libro injustamente olvidado, publicó poemas como *Mar, Sol y Viento* y *La Canción de los navegantes*, inspirados en el auténtico mar chileno. Porque este literato, que cuenta 63 años de edad, ha vivido más de 40 en Valparaíso, mezclado, día a día, a la vida portuaria, por su empleo en la Gobernación Marítima. También ha escrito esmeradas y esmeriladas prosas marinas. El primero de los citados poemas es el tan conocido que empieza:

Me dijeron: ¡No he visto costa más desolada!
Si es que se llega a ella, no se ve nada, nada:
El agua, el sol y el viento fatigan la mirada.

Mas yo que admiro el agua, admiro el sol y el viento
me encaminé a la playa con el ardor que siento
por todo lo que brilla y esconde algún acento.

En el curso del poema hay interesante imágenes:

Por fin llegué. Las aguas en los negros breñales
batían sus espumas, *rompían sus cristales*
al son de cajas, trompas, dulzainas y atabales.

El sol desparramaba su vida en el crisol
de la inmensa llanura del agua tornasol,
y entre una y otra ola colocaba otro sol.

El viento, el viejo amigo y el músico viajero,—
de su órgano arrancaba quedas quejas primero. . .

Dice el mismo poeta, en su *Canción de los Navegantes*, de más libre forma:

«Para inflamarse el corazón de horizontes de ensueño,—hay que sentir la voz de los navíos locos y aventureros. . . —Hay que asomarse al gran mundo de los rumores y de las leyendas del mar;—hay que acordarse de las goletas desmanteladas, viejas y solitarias—y de las olas que se abrazan como serpientes enamoradas. . . ».

Al final del poema exclama:

Treinta años os conozco, lobos y lobeznos del mar;
treinta años he mirado a vuestros ojos perspicaces
y a vuestros rostros yodados por las algas...

Efectivamente es así, y todo aquel que quiera escribir sobre el mar chileno y sus poetas tendrá que recordar a este bondadoso y claro marino literario—como personaje de Conrad—que acuña y guarda en su corazón interminables crepúsculos marítimos.

Por lo demás, no es preciso mencionar a todos los Corbière y los Rimbaud que, directa o indirectamente, se han inspirado en el mar. Baste decir que en la obra de todos los mejores poetas nunca el mar deja de poner sus brillos metálicos, sus ruidos ortofónicos y sus admirables sugerencias. Es una tendencia general que, entre nosotros, se ha hecho escuela. No hay sino hurgar críticamente un poco en la poesía joven de Chile para darse cuenta de ello. Es indudable que la influencia del mar en nuestra literatura es un problema que no carece de interés. Y pienso estudiarlo en toda su extensión, para que se precise su magnitud y pierda el carácter de incipiencia con que algunos escritores nuestros lo observan (1). Hay que reconocer en otros, no obstante, más certera apreciación de él (2).

Con todo, nuestro amor al mar lo hemos tomado de la literatura francesa, aunque Francia ha tenido pocos poetas del mar y sí muchos novelistas de los viajes. Brauquier mismo, «poeta de los puertos», a pesar de la admiración de «Lord Jim», carece de elevación. ¿Hay alguna sugerencia poética en las siguientes líneas citadas por él?

(1) Me refiero a «Lord Jim». Glosando al poeta francés Louis Brauquier (*Atenea*, N.º 63, Mayo de 1930) ha escrito: «En Chile *comenzamos* a darnos cuenta de que debemos *ocuparnos* del mar». Subrayo lo de comenzar porque en realidad, estamos al fin de ese comienzo, como es fácil probarlo. Es lógico, por otra parte, que Lord Jim crea eso, pues parece que llega al país después de estar buenos años ausente de él. La otra palabra la subraya «Lord Jim» seudónimo que, de pasada, recordemos es tomado de una novela del famoso marino y novelista Joseph Conrad.

(2) Por ejemplo, E. Solar Correa. Estudiando a Alonso de Ovalle como «descubridor de la cordillera» en nuestra literatura (*Atenea*, N.º 65, Julio de 1930) menciona a los prosistas y poetas Guillermo Labarca, Magallanes Moure, Pablo Neruda, Salvador Reyes y Mariano Latorre como continuadores de esta tendencia «marinista», porque en realidad los verdaderos «descubridores» literarios de nuestro mar—según el señor Solar Correa—son: Darío (en *Azul*), Isaías Gamboa, Pezoa Vélez, D'Halmar, Dublé Urrutia... Hace notar, en la época presente, como escritores y poetas interesados en el mar a: Edwards Bello, Garrido Merino, Casassús y Luis E. Délano. Yo pienso demostrar en este estudio que el «sommerscalismo» de nuestros poetas es más amplio.

Et la mer nous ayant repris,
Le trois mâts «Orlands» de Gênes,
Qui appareillait dans le port
Fût un instant tout notre amour.

(Y habiéndonos ganado de nuevo el mar—el velero de tres mástiles «Orlando», de Génova,—que aparecía en el puerto—fué en un momento todo nuestro amor).

En Inglaterra, al menos, John Masefield es menos ramplón, más marino y poeta. Pero para hallar verdaderamente dignificado el mar, en la literatura francesa, hay que volver a recorrer *Bateau Ivre de Corbière*, o percibir los resplandores como de soles matinales sobre el azogue líquido de las olas, de algunas *Illuminations de Rimbaud*. Además hay el mar de pesadilla y frenesí de Isidore Lucien Ducasse (*Canto al Viejo Océano*) y de Apollinaire (*El Viajero de Landor*). Con esto he citado las mayores fuentes en que se inspiran nuestros poetas «marinistas» (1). Porque es efectivo que algunos poetas jóvenes de este país, por diverso camino, han convergido curiosamente a hacer casi un culto de la idea del mar. Sea por seguir una tendencia, o no, siempre apelan a una imagen evocativa—color de puerto, recuerdo de un mástil o sombra de un barco—para reforzar sus demás sensaciones. Es como una evasión de la sensibilidad cuando ésta amenaza ahogarse dentro de las impresiones íntimas.

*
* * *

Salvador Reyes es el que más ha explotado el mar en sus versos. Lo ha hecho hasta el cansancio, en forma tal que ha llegado a influenciar a toda la restante poesía joven. No sé si ello será un mérito o un defecto. Es indudable que profusas lecturas de Marryat, Conrad, Mac Orlan, Fenimore Cooper y hasta de Salgari han influído en la movediza imaginación de Reyes, pudiendo crearse una visión especial de la vida marina. Pero su impresión total o conjunto de impresiones tiene que ser, por fuerza, libresco. Es libresco Reyes cuando evoca los piratas de Sabatini que asaltan o defienden—según le convenga a su contradictorio jefe, el capitán Blood—una imaginaria isla Tortuga, en el mar Caribe. Lo es cuando evoca las tripulaciones abigarradas de Mac Orlan y sus Marsellas ruidosas y sentimentales. Lo es también aun a través de los psicológicos pilotos y los complicados capitanes que novelizaron Conrad o Jack London, y

(1) Hubo una tendencia cultista así llamada, creación del poeta italiano Marini; pero nada tenía ella que ver con el mar. Ahora uso el término porque lo hallo más sencillo que «sommerscalismo» usado más adelante.

hasta a través de los sospechosos pioneers de Cooper. Mucho más falseada es la impresión cuando son los aventureros problemáticos de Salgari, en truculentas correrías por Africa y Oceanía, los que sugieren a Reyes un poema, o al menos una imagen o un cuento. Tal vez sea error, pero lo primero que uno cree es que Reyes no puede escribir si no lee de antemano una novela de los escritores ya citados. Una gran reserva de subconciencia imaginativo obra en su producción. Puede que hagan cinco años que no lee una novela del mar; pero no puede evitar que las sales del recuerdo, en la cámara oscura de la imaginación, obren sobre la placa virgen, de emulsión intocada. Lo que resulta es una fotografía reciente de una visión muy lejana. Rara será la vez en que nos dé algo tomado de la naturaleza, directamente. Tal es Reyes, cuentista.

Acaso su poesía es lo que salva más de esta influencia. Veamos, sin embargo. Empezó, en 1922, publicando un libro de versos con el título traducido del conocidísimo poema de Corbière: *Barco Ebrio*. No obstante, muchas visiones de ese libro me consta que proceden de la naturaleza: las sintió en puertos como Antofagasta y Valparaíso. De esa época, en que usaba Reyes el verso libre, corto y el medido, datan poemas como *Viaje* y *El Tesoro*. En todas sus evocaciones de entonces siempre ve

... más allá
la canción tumultuosa de los puertos:
Tolón, Shangay.

Sus mejores imágenes de entonces son por el estilo de éstas.

«El timonel va abriendo un surco—que nadie ha de sembrar». «La noche ondula ante el navío—y una estrella filante—la parte por mitad».

El Tesoro es tanto o más conocido. Se ha vuelto a publicar buenas veces (1):

Lo mismo que una barca a la deriva,
mi corazón va por los mares grises.
Lo tripulan mujeres pensativas.

Reyes dice que a igual que un capitán desventurado—va echando tesoros por la borda». Sus tesoros son naturalmente, los recuerdos, cuyos «vagos estandartes» «en los largos ocasos marineros—el viento agita entre las jarcias de oro». Y el mar recibe sus tesoros «como recibe a los marinos muertos»... «¡El mar que un día acogerá mi cuerpo!», agrega, emocionado y

(1) La última vez lo fué en 1929, en la revista *Nautilus*, dirigida por Oreste Plath, en Valparaíso. Allí mismo se reprodujo *Mar, Sol y Viento* de Escobar.

convencido. Este capitán romántico dice que lleva dormida en la popa de su barco «rosas fastuosas y crepusculares». Y habla de ataviar de seda con cantos indolentes a las mujeres que le acompañan en su viaje, con la conciencia de que la última riqueza que tendrá que botar al agua serán los cuerpos blancos de esas mujeres. Una melodiosa sensualidad decadente, mejor dicho, una decadencia marinera, predomina en los primeros poemas de Reyes. Iguales imágenes, aunque con leve cambio de tono, se advierten en la última cosecha de sus versos, *Las Mareas del Sur*, publicada el año pasado.

Como antes, siempre decadente, para escribir sus poemas escoge

La hora
de la cual se desprenden
las lágrimas de las mujeres
que amaron a los marinos.

Ama especialmente ese momento «cuando la noche apareja—junto al viejo muelle». Ese muelle, no sé por qué—¿acaso en homenaje al Príncipe de Gales?—siempre está lleno de fardos ingleses... (Véase el poema *Mensaje*). Idea que tiene insistencia notoria:

Te veo indecisa en el muelle nocturno
donde los fardos de mercaderías inglesas
alzan los vericuetos de una ciudad trágica...

¿Por qué inglesas, no más? ¿Por qué ese monopolio? Podían ser también noruegas, italianas, yanquis, japonesas.

De vez en cuando surgen de los poemas de Reyes imágenes más o menos agradables y legítimas, más o menos creadas:

el acordeón
—bomba neumática de la tristeza—
achica el agua de los portones.
.....
Todo el tabaco del marinero de guardia
se ha ido al cielo.

(*Mensaje*).

La pipa, bien equipada, parte hacia el país de lo inútil.
.....
Mi pipa enciende un faro a los fantasmas
.....
Y la ciudad echa el ancla en los espejos.

(*Límite*).

Esta última imagen recuerda demasiado a Vicente Huidobro, de quien Salvador Reyes fué muy próximo discípulo en sus primeros tiempos.

Hay veces también en que todo el ambiente de un poema suyo gira, como en un pivote, y se tiñe de color marítimo a la simple aparición de una imagen marinista. Así sucede, por ejemplo, en el titulado *Tiempo*. Empieza:

Yo soy el viejo hombre de las tormentas
a quien el invierno
lame obstinadamente la mano.

Pero no tarda en surgir la evocación, mejor dicho la manía de la evocación marina, y a los pocos versos dice:

A veces me despierto
cubierto de sangre y de blasfemias,
porque el mar, en la noche, arroja sobre mí sus muertos.

Estamos, como se ve, en el polo opuesto de la vida de este piloto mental. Ayer gobernaba, como en un *Embarquement pour Cythère* de Watteau, decadentes barcas llenas de mujeres soñadoras. Hoy sufre, en la sombría playa, la fatalidad del mar. Este joven Capitán abandonado a causa de su misma condición, llega a hacer declaraciones algo cómicas:

Yo soy el viejo hombre.
Mi alma y mi barba me molestan
y parece que me crecen juntas.

¿Tenía entonces razón Pedro Sienna cuando, en unas greguerías de su *Caverna de los Murciélagos* consideraba postiza la barba de capitán de barco de Salvador Reyes?... ¿Y el alma? Ya él lo ha dicho: le molesta. Debe ser fastidioso, en realidad, a causa de esa alma, no poder escribir ni un poema ni un cuento en que el mar no se haga presente: *Barco Ebrio*, *El último pirata*, *El Matador de tiburones*, *Las Mareas del Sur*, etc. En toda su producción predomina la nota del mar, a veces nota falsa del mar auténtico, a veces metáfora muy lograda que le inspira un mar leído... Ello es casi una obsesión. Aun cuando quiera reflejar un ambiente inmóvil, una visión contemplativa. En su poema *Velada* dice que.

El gran viaje inmóvil a través de los días
tiene aquí su descanso.

Y pocos versos más allá no puede dejar de ver, después de los «astros que flotan en el *agua* de la noche»,

grandes navíos pálidos. tripulaciones etrias.

Igualmente en su poema *Límite*:

Permanezco tendido. Me arrastra la *marea* del sueño.
Soy el cadáver del *náufrago*
de cuyo barco jamás se supo el nombre.

En esta composición es donde está la imagen de «la pipa, bien equipada...» Huidobro decía que éstas eran las metáforas exclusivas de su Creacionismo; pero la verdad es que los expresionistas alemanes, los cubistas franceses, los imaginistas británicos y yanquis, los futuristas rusos y los ultraístas españoles los hacían iguales, antes y después de Huidobro.

Hasta cuando Reyes viaja por tierra, muy lejos del mar, no puede olvidarlo. En su poema *Auto*, reflejando sensaciones de movimiento, no puede dejar de notar que

«uno roza todo lo que encuentra al paso;—siente cómo se filtra en las rendijas de las maderas,—cómo avienta las polvaredas,—cómo hace *cantar las ramas—con voz de niño o de mar*».

La inspiración de Reyes, como en el caso de Rimbaud, está siempre en movimiento. Es enemigo de las visiones sedentarias. Y su fantasía se evade siempre hacia la gran libertad sonora del mar, hastiado de las estrecheces urbanas. Sólo que hubiera sido maravilloso que ello no le absorbiera tanto hasta aparecer como monomanía.

Así como en Reyes aunque en mucho menor grado, la influencia de mar se nota en los demás poetas jóvenes de Chile. Tenemos sólo cuatro o cinco poetas exclusivos en sus tendencias Juan Marín y Diego Barros O., son los cantores de la aviación; Alejandro Vásquez A., de los temas médicos; Angel Cruchaga, de los asuntos cristianos. El resto divide sus preferencias entre la mujer y el mar. Raimundo Echeverría y Larrázabal, M. Munizaga Iribarren, Luis Enrique Délano, Carlos Casassus, Moisés Moreno y otros han hallado sugerencias atractivas en la idea del mar, en la visión de los puertos, unos habiendo viajado y otros no, unos librescamente y otros realistamente. El hecho es que poseyendo el largo banjo de plata del Mar Pacífico, necesitábamos tener sus poetas. Y ya los tenemos.—NEFTALÍ AGRELLA.

UN LIBRO GENIAL

LOS españoles se quejan de no ser comprendidos. Pero la queja que debieran formular es la de no comprenderse a sí mismos. Frecuentemente su historia, sus monumentos, sus paisajes, sus obras literarias, y hasta sus hombres, les son revelados por los extranjeros.